

## 4. EL CONFLICTO COLOMBO-PERUANO Y EL DISCURSO NACIONALISTA SOBRE LA GUERRA<sup>141</sup>

*[...] La respuesta al saqueo de nuestra Legación en el Perú debe ser un raid aéreo sobre Lima. Es claro que por destructor que se suponga el bombardeo ni siquiera compensa el robo de las joyas de mi ilustre amiga Elena Simonelli de Lozano. Pero es preciso demostrar que esta es una guerra a fondo entre dos pueblos que van a resolver de una vez por todas y mediante la fuerza el problema de su predominio [...] a la guerra se va con claros propósitos de destrucción sañuda, de sangrienta y ardua predominancia [...] La teoría de una guerra a fondo para resolvernos el problema secular de un deplorable vecino es incompatible con la visión recortada de una campaña simplemente amazónica que tenga por objeto restaurar en Leticia las autoridades colombianas [...] el propósito de una contienda decisiva en que ventilemos con el Perú la supremacía sobre el Amazonas es incompatible con un prospecto de guerra que se refiera simplemente a la derrota y a la sujeción del fugitivo...<sup>142</sup>.*

La forma como el incidente con el Perú transformó la política colombiana y marcó las relaciones de los dos partidos y su distanciamiento histórico frente a las relaciones internacionales merece una nueva lectura, para entender el camino que nos llevó al 9 de abril; es decir, el conflicto colomboperuano es fundamental para explicar el proceso colombiano que comienza en los años treinta; de alguna forma, constituye una especie de "bigbang", estallido primigenio de los imaginarios de la guerra construidos en los discursos políticos del siglo XX, luego de que la palabra guerra hubiera sido desechada tras la experiencia de la Guerra de los Mil Días y la pérdida de Panamá. Reaparecía, entonces, por primera vez y con mucha fuerza, la idea de "la necesidad de la guerra", de la "guerra a fondo".

---

141 Una primera versión corta de este texto fue presentada al Coloquio "La Paz en el siglo XX", en noviembre del 2002. Esta versión, fue presentada luego como ponencia en el XII Congreso de Historia de Popayán, en agosto de 2003, y contó con el apoyo documental de Fabián Leonardo Benavides, entonces estudiante de Historia de la U. Nacional.

142 RAMÍREZ MORENO, Augusto. Contra la paz armada. En: EL PAÍS. Bogotá, febrero 22 de 1933.

## Del nacionalismo patriótico al "nacionalismo nuevo"

La invasión a Leticia había creado un clima que contrarrestó el conato de conflicto interno que hundía en una profunda incertidumbre al régimen de Olaya y al partido Liberal. El Gobierno, su presidente y su partido actuaron ágilmente, capitalizando la situación. Rápidamente se lanzó una campaña nacionalista y patriótica sin precedentes, y con el mismo fervor que antes se atacaba al contrario, ahora se descargaba la ira en el agresor peruano. En todos los municipios los alcaldes hicieron manifestaciones de apoyo al Gobierno, de donación de las alhajas y argollas matrimoniales, y los párrocos santificaron la guerra: "La guerra justa no es delito [...], la que sólo persigue la verdad y la honra de la República, es no sólo un derecho, sino un deber, el más ineludible y el más alto de los deberes [...]"<sup>143</sup>. La tregua de los partidos, simbolizada en los abrazos de los líderes de los dos partidos en el Congreso, tendría pronto sus efectos sobre el conflicto regional.

[...] De las provincias del Norte de Boyacá y de García Rovira llega la noticia de que los caudillos políticos de ambos partidos deponen sus guerrillas en aras del bien de la patria, pactando un 'cordial entendimiento', y olvidando odios y rencores respaldaban al Gobierno en los momentos difíciles [...]"<sup>144</sup>.

En la Cámara de Representantes se aprueba una sonada proposición reconociendo la:

[...] Elevada, generosa y patriótica actitud de aquellos ciudadanos de Santander, Santander del Norte y Boyacá que al recibir noticias del peligro que la soberanía nacional corre en el sur de Colombia, no han vacilado en deponer todos sus antiguos resentimientos y en reunirse como hermanos [...]"<sup>145</sup>.

Las nuevas leyes que cursaban en la Corporación con miras a la pacificación cayeron en el olvido. Casi de manera inmediata el partido de Olaya ordenó a todos sus miembros y funcionarios y a los alcaldes obtener expresiones públicas de apoyo al Gobierno. De labios para afuera el gobierno lanzaba una ofensiva diplomática y política declarando "punto único y supremo" de su administración imponer el respeto a la soberanía territorial en el Amazonas, aunque sabía que la crisis fiscal hacía imposible cualquier gasto militar adicional. El ministro de hacienda, al ser preguntado espontáneamente en el Parlamento por cuánto necesitaría el Gobierno para enfrentar la emergencia, respondió que 10 millones de dólares, que inmediatamente fueron aprobados, dispuestos "a derramar la última gota de sangre y a gastar el último centavo", y si fuere necesario "a endeudar a nuestros hijos y a nuestros nietos y a endeudar a nuestra quinta generación",

143 143 EL TIEMPO. Bogotá, septiembre 20 de 1988, p. 3.

144 Entre las comunicaciones entusiastas de algunos municipios, se destaca el acto solemne de Integración de la Junta Patriótica de Málaga. AGN, Fondo Ministerio de Gobierno, septiembre 19 de 1932, 1.1.038 f. 286.

145 EL TIEMPO. Bogotá, septiembre 21 de 1932, p. 1.

con tal de restaurar la ofensa y recuperar el territorio<sup>146</sup>. Entre tanto, el Partido Comunista denunciaba el ardid del "imperialismo yanqui e inglés, que pretende una nueva redistribución de América Latina, e invita a integrar los comités contra la guerra"<sup>147</sup>, señalando la inconveniencia de hacer el juego a ese tipo de maniobras internacionales. Sin embargo, las raíces de un conflicto que ya había calado en la conciencia y en la tradición de varias generaciones permitían vislumbrar que por encima de este deseo de unidad patriótica, de la búsqueda de salidas pacíficas en aras del bien común, de las buenas intenciones por encontrar la paz, había factores históricos, agentes y actores que pensaban más en la correlación interna de fuerzas que en la defensa de la integridad nacional, de momento amenazada. En otras palabras, "una guerra no se arregla con otra guerra". El conflicto interno no estaba resuelto, simplemente se había aplazado.

Las manifestaciones populares, alebrestadas por calenturientas arengas, en las que predominaba un patriotismo radical que ni siquiera se había dado con la pérdida de Panamá, florecían en todos los lugares del país, en tanto que los más radicales partidarios del "nacionalismo nuevo" y los fascismos europeos encontraban, como nunca, el terreno fértil. Las jornadas subían la espuma de la efervescencia, y el 18 de septiembre, ante unas 18.000 personas, se instaló la "urna de guerra", que en menos de una hora se llenó de joyas y dinero ante los gritos y carteles de "Queremos la guerra" y "Vamos a Lima". Desde las regiones más exaltadas por la guerra olvidada de la atormentada García Rovira, el cura del municipio de San Andrés (Santander), que días antes invitaba a la acción contra los liberales, ahora absolvía de ante mano a los colombianos que murieran, "porque la religión y el derecho se confundían en una sola aspiración: soberanía"<sup>148</sup>. Los telegramas de respaldo al presidente, en la "hora aciaga de la patria", hablaban de "abofetear a los judíos falsos y malos del Perú", "que hable el trueno de los cañones", "la patria hollada por los invasores sin títulos", en tanto que ofrecían 50 novillos gordos, o "mi espada como veterano, mi propia vida y las de mis dos hijos varones", muchos de ellos con insultos al Perú: "tribu insufrible", "ese 'excusado' de pájaros. Esa guanera nos sigue apestando a América"; otros componían himnos a las fuerzas libertadoras de Leticia, o insultos al presidente Sánchez Cerro, "sargento oscuro sin historia y sin nombre", y a esto se suma que cerca de 10.000 mensajes fueron recibidos por el periódico "El Tiempo", con las mismas características<sup>149</sup>.

Pero lo interesante es que las cosas no se quedaron en la retórica. Las donaciones eran incesantes. Es diciente el llamado de atención del gobernador de Antioquia a uno de los alcaldes, en que le decía que era el único municipio que no había contribuido a la defensa nacional (aunque en verdad era un ardid, pues telegramas similares iban dirigidos a otros alcaldes), departamento que en solo bonos del empréstito recaudó un millón de pesos.

146 Las palabras son del discurso del senador Julio Holguín ante el parlamento en pie en la votación del cupo de endeudamiento para la guerra. EL TIEMPO, Bogotá, septiembre 19 de 1932, p. 1, 12 y 13. Ver DONADÍO, Op. cit., pp. 185-186.

147 Informe confidencial del Director General de la Policía al Ministro de Gobierno. AGN, Fondo Ministerio de Gobierno, noviembre 23 de 1932, 1.1.039, f. 103-112.

148 DONADÍO. Op. cit., pp. 186-187.

149 Ibidem.

Igualmente, todos los departamentos hicieron sus recaudos. A esas ingentes donaciones se sumó la donación de sortijas matrimoniales, propuesta por un paisa emprendedor, idea que movilizó nuevamente a las regiones, hasta el punto que el Banco de la República recaudó 400 kg de oro, sin contar las subastas de las que tenían piedras preciosas<sup>150</sup>. Fue tal el efecto patriótico que el emisor tuvo recursos no solamente para la defensa, sino para solventar la crisis económica que aún azotaba al erario.

Se preparaba Colombia como nunca antes en muchos años para un guerra internacional, mientras Olaya tejía la unidad nombrando a sus principales oponentes en importantes responsabilidades, para comprometer y neutralizar a los conservadores en jugadas que han sido consideradas magistrales; en tanto que las legaciones en Europa y Estados Unidos organizaban en secreto una armada para la expedición militar al Amazonas, que aspiraba a reunir una fuerza de aproximadamente 1.400 hombres<sup>151</sup>, en los cañoneros Barranquilla, Córdoba, Cartagena, el Santa Marta y el Mosquera, el Boyacá —el mayor de todos, con capacidad para cerca de 1.000 soldados, comprado en Estados Unidos—, los guardacostas Pichincha y Nariño (buque hospital), y el Magdalena. En tanto que se fortalecía la raquíutica fuerza aérea hasta convertirla en una de las primeras de Latinoamérica, que salía de la nada y que llegó a contar con 36 aeronaves de diferentes características, y se construyó para ellas la base de Palanquero, sobre el río Magdalena, en la Dorada (Caldas). Por tierra se ordenaron de emergencia las vías Popayán-Pasto y Neiva-Garzón-Florencia, y se llevaron provisiones en una "flotilla" de 2.200 mulas, compradas para el Ejército, con muchas penalidades y accidentes, y hasta se crearon prostíbulos para los militares en esos parajes y pueblos de la selva, como Florencia, que en pocos meses duplicó su población<sup>152</sup>.

Décadas después, la historia económica reconoce que sin pretenderlo, la administración de Olaya aplicó un plan de choque que dinamizó la economía y la sacó de la prolongada crisis que arrastraba sus efectos desde 1929, pues al acelerar el gasto público, y preparar la ofensiva, la compra de vituallas y transportes, combustibles, construcción de infraestructura, la venta de prensa, el aprovisionamiento preventivo de alimentos, etc., se activó el gasto privado, aumentando la demanda y el empleo, como lo plantearía la receta keynesiana varios años después<sup>153</sup>.

Pero, lo más importante, Olaya había superado la primera crisis interna que tenía al borde del colapso a su gobierno, convirtiendo la amenaza externa en una oportunidad que tuvo varios resultados: había enfrentado ágilmente este litigio internacional, se apoyó y dimensionó a importantes líderes del Partido Liberal y Conservador —creando una unidad nacional sin precedentes—, puso en juego todas sus habilidades en un impecable manejo de las relaciones internacionales, declaró la guerra sin descartar la vía diplomática y, fi-

150 *Ibidem*, p. 194-195.

151 Donadio pone en duda esta cifra con base envíos efectivos de tropas en cada navio. DONADÍO. Op. cit. p. 218.

152 *Ibidem*, p. 216-217.

153 URRUTIA, Miguel. Cincuenta años de desarrollo económico colombiano. Medellín: La Carreta editores, 1979. p. 9.

nalmente, jugó el ajedrez de la diplomacia interna y externa, hasta obtener un resultado ampliamente satisfactorio para Colombia, desarrollando una de las guerras más atípicas del continente en el siglo XX, por ser la menos sangrienta y menos militar de todas las escenificadas en América de nivel internacional.

Quizás el lunar más grande de toda la guerra fue el parte de victoria sobre la batalla de Tarapacá, el 14 de febrero de 1933, batalla que como tal nunca existió. Pero se podría decir que el Presidente ejerció con detalle el mando sobre las tropas y los diplomáticos, orientando el curso de las acciones, sin dejar nunca que la política fuera rebasada por los sucesos militares. Lo que no podía evitar ni los significados internos de la resurrección de la palabra "guerra" en el lenguaje de la política interna colombiana, ni los hilos secretos que se siguieron tejiendo, una vez la resaca del discurso patriótico y nacionalista se convirtió en catalizador de las estrategias de quienes se sintieron defraudados por la firma de la paz y la salida diplomática, quienes llenaron de alhajas la "Urna de Guerra", quienes gritaban en las plazas "queremos la guerra" y quienes gritaron fervientemente en el parlamento 'ipaz, paz, paz en el interior!, ¡guerra, guerra, guerra en la frontera amenazada!'.<sup>154</sup>

## ¿Unidad nacional y aplazamiento de la violencia?

Si se revisa la historiografía, el tema de las relaciones limítrofes colomboperuanas ha producido cerca de 100 títulos, entre artículos y libros, cuyas conclusiones son disímiles. Los historiadores liberales, o partidarios del rumbo que los dos gobiernos intervinientes (Olaya y López) dieron a los sucesos, interpretan los hechos positivamente y, en términos generales, con matices, concluyen que la guerra con el Perú produjo tal unidad interna frente al peligro que ayudó a aplazar una década nuestra violencia, que ya había estallado en Boyacá desde el mismo 1930; por eso la violencia se generalizó solo después de 1946. En tanto, la crítica al manejo de la política internacional de los gobiernos de Olaya y López, en especial en la literatura conservadora, es profundamente negativa y variada en sus argumentos, y es tema obligado en la condena, calificando los resultados como nefastos. Los liberales y conservadores contemporáneos de los hechos quedaron atrapados en la idea de que la estrategia del presidente Olaya había sido la de arreglar la guerra de Boyacá y García Rovira, que tomaba visos de guerra civil regional, con la guerra contra Perú<sup>154</sup>. Posteriormente, las tesis se bifurcan: los liberales, para señalar que el camino diplomático fue el mejor, y los conservadores para señalar de traidores a la patria a los gobiernos y sus negociadores. Es representativo del tono conservador el libro de Aquilino Villegas, que sintetiza los discursos en el parlamento; en él se afirma:

[...]Luego viene toda la dolorosísima aventura de la guerra amazónica que se preparó y no se hizo, de la victoria que se tuvo en las manos y que se

154 GUERRERO. Op cit., p. 179 ss. Un informe militar calcula, en dos años, 2.600 asesinatos con numerosos desplazados en solo la provincia de García Rovira. Específicamente ver el capítulo "Una guerra se arregla con otra guerra".

dejó caer por miedo o por cálculo político o por entrambas cosas miserables, como es más probable; y finalmente la Paz, esa paz afrentosa de Ginebra, más amenazante y estéril e ingrata, que la más desgraciada de las guerras<sup>155</sup>.

Suele decirse que Colombia, como nunca, durante el conflicto con el Perú alcanzó la unidad nacional, y que eso aplazó la Violencia; sin embargo, esas hipótesis no dejan ver bien el proceso de construcción de ese agitado y doloroso período, pues ocultan el necesario proceso de construcción del acto violento, primero en el discurso, y lo ubica como un proceso externo, como un "objeto" y no como una relación "actuada" luego de haber sido imaginada e introyectada como mentalidad de grandes colectivos sociales. La supuesta unidad nacional fue efímera; el consenso nacional se escindió, en materia grave, rápida e irremediamente, desde este momento hasta el Frente Nacional, en el plano de la política exterior, hasta el punto de poner en riesgo la posición del Estado ante el agresor en el caso de Perú. Si bien hubo una excepcional euforia nacional, fue tan pasajera que ni siquiera condujo a un acuerdo para la ratificación del Protocolo de Río, que fue firmado el 24 de mayo de 1934 y rechazado en el Parlamento en ese mismo año, por lo que tuvo que ser ratificado tardíamente, infringiendo los plazos que el mismo instrumento fijaba, en la legislatura de 1935, ya sin los conservadores, que habían declarado la abstención, y, por lo tanto, cuando el parlamento era homogéneamente liberal. Y el supuesto aplazamiento de La Violencia tampoco se dio; ella ya había comenzado<sup>156</sup>.

Ya hemos visto cómo inmediatamente se conoció la invasión de Leticia por peruanos, de manera automática, como suele suceder en casos de conflicto externo, se produjo un clima de unidad nacional. Las masas exaltadas salieron a las calles y no hubo colombiano ilustre, liberal o conservador, que no manifestara pública y airadamente su deseo de ir al frente de batalla a luchar contra la felonía. Así relata uno de los más caracterizados recuentos conservadores esas horas difíciles:

[...]Manifestaciones tumultuosas en todas las ciudades colombianas exigieron al gobierno una acción enérgica contra el grupo de forajidos que violaba el territorio patrio. Todas las clases sociales se unieron en un solo haz para la reacción solidaria. En lo más duro de la batalla interna Laureano Gómez, jefe de la oposición, hizo un alto en sus vehementes ataques al gobierno, por su feroz campaña de persecución al conservatismo y pronunció una tarde en el Senado esa frase histórica: "Paz, paz en el interior, guerra, guerra hasta el fin en las fronteras". La unión sagrada estaba hecha y solo faltaba la decidida acción para vengar la afrenta". El gobierno prometió entonces cumplir con la totalidad de su deber en aquella hora histórica. La Nación esperó confiada. En pocos días fue suscrito con creces el llamado empréstito de la victoria

155 VILLEGAS, Aquilino. Para la Historia: El conflicto con el Perú en el parlamento. Bogotá: Editorial Santa Fe, s. f.

156 Es innegable que hubo un aplazamiento de la guerra local de García Rovira, pero el ritmo del conflicto nacional se arreció, como veremos.

exigido para atender los gastos de guerra. Las esposas colombianas se desprendieron generosamente de sus joyas y todo el oro del afecto existente en los hogares de la patria corrió, no solo como valor simbólico, sino como valioso aporte físico, a llenar las arcas del Banco de la República [...] <sup>157</sup>.

Hasta allí la descripción histórica coincide en todos los autores. El Gobierno nacional, acorde con el espíritu reinante, hizo todo lo posible para ir, con precarios recursos, al frente de batalla, para lo cual nombró al general Alfredo Vásquez Cobo, uno de los excandidatos derrotados en 1930. Sin embargo, el diplomático talante de Olaya no se atenía simplemente a los preparativos para la guerra; él y los líderes liberales sabían de las profundas deficiencias de la presencia colombiana en la frontera, de la precariedad de las fuerzas colombianas en todos los órdenes y, en consecuencia, de lo riesgoso de asumir la vía militar. Lejos de alegrarse con el fervor momentáneo, miraban más allá de los acontecimientos, y sabían que una vez bajara la espuma de la euforia popular, tendrían que mirar los hechos con los ojos del Estado y los inesperados efectos bumerán de estas euforias. No obstante, armaron una flota, organizaron una fuerza aérea y enviaron avanzadas por tierra y, con muchas deficiencias, crearon un comando improvisado, a pesar de no creer en las posibilidades de la victoria militar. No había otra posibilidad. No hacerlo era ir contra la ola. Había que prever la destorcida y la resaca, cuando el conflicto interno era previsible que retornara con fuerza <sup>158</sup>.

## El siglo de Leguía

Para comprender históricamente la crisis y tener un mejor contexto, hay que observar los orígenes del diferendo colombo-peruano y los contrastes entre los dos países en esos tiempos. Mientras Perú acababa de terminar 11 años de una de las dictaduras del "bestiario tropical", la del prosopopéyico Augusto Leguía, aquel personaje que creó un día festivo oficial para celebrar los 25 años de su llegada a un cargo público; la era del autodenominado "Leguía el grande", "salvador de la patria", "el nuevo Mesías", "hijo de la democracia", "maestro de la juventud", "Lincoln del Perú" y quien ordenó escribir el primer tomo de "El siglo de Leguía" <sup>159</sup>.

Luego de transferir a Colombia el trapecio Amazónico, en agosto de 1930, en cumplimiento del pacto consagrado en el tratado Lozano-Salomón, que fue firmado en 1922 y perfeccionado en 1928, el dictador Leguía, para mal del Perú y de Colombia, fue derrocado en 1930, no por una democracia, sino ----por otro miembro de la galería del "bestiario", por otro de esos personajes que atribulan la historia antidemocrática de América Latina: Luis

157 AZULA BARRERA, Rafael. De la Revolución al Orden Nuevo, proceso y drama de un pueblo. Bogotá, Editorial Kelly, 1956. p. 41.

158 Y así lo manifestaron hombres cercanos al presidente, y de manera explícita su secretario privado, ante lo cual Olaya tenía total claridad: "en última instancia supongo que uno de los dos caerá, yo o Sánchez Cerro", como lo relata Donadío. Op. cit. p. 194.

159 BONILLA, José E. El siglo de Leguía. 1903-1928. Lima: Sheuch, 1928.

Sánchez Cerro, el "ignorante sargentón", caracterizado por los de su tiempo como "de poca vergüenza, pintoresco, mediocre, inculto y preñado de ambiciones personales, violento e imperativo"<sup>160</sup>. Sánchez Cerro sería luego asesinado por el APRA, como venganza por la masacre de Trujillo<sup>161</sup>, donde fueron fusilados más de mil alzados, tras el ametrallamiento aéreo de la ciudad, luego que los apristas mutilaran 34 cadáveres oficialistas.

El magnicidio de Sánchez Cerro resultó providencial tanto para Colombia como para Perú, pues cambiaría de manera definitiva el rumbo del conflicto entre las dos naciones, que de paso lograron evitar una verdadera guerra; pero también para Alfonso López Pumarejo, quien pudo lucir el oro del tratado de Paz de Río de Janeiro, o Paz de Río, porque una serie de coincidencias lo situaron en el camino de ser una clave fundamental para la resolución pacífica del conflicto, en contra del torrente belicista, patriótico y nacionalista que abogaba por la salida militar, lo que lo catapultó como sucesor de Olaya. Y esta serie de circunstancias se pudieron dar no solo por la muerte del dictador, sino por una feliz coincidencia: porque López era gran amigo de quien lo reemplazó: Oscar Benavides (a la sazón vencedor, cuando nos derrotó en la batalla vergonzosa en La Pedrera, en 1911, en nuestro propio territorio caqueteño, apropiado entonces por la nefasta Casa Arana); amigos de whisky y chimenea en las frías tardes londinenses, lo que, obviamente, facilitó las cosas para las dos naciones<sup>162</sup>.

## La "Batalla" de La Pedrera

En la memoria de los pueblos y los estadistas pesaba la historia de la batalla de "La Pedrera", en 1911, en la que la nación colombiana, cuando quiso hacer valer sus derechos en territorio caqueteño, apropiado entonces por la tristemente célebre Casa Arana, recibió una fuerte humillación del ejército peruano, al mando de Oscar Benavides. Además, la Casa Arana seguía usufructuando a sus anchas el territorio colombiano, no solamente del actual departamento del Amazonas, sino hasta la margen misma del río Caquetá, territorio que era reclamado por el gobierno peruano desde antes del Tratado Lozano-Salomón, de 1922; por eso, la estrategia diplomática peruana no podía ceder en el reconocimiento de dicho Tratado, que evidentemente era favorable a los intereses de Colombia.

López Pumarejo, con el apoyo de Olaya, contra toda lógica y en contravía de la furibunda oposición del Partido Conservador, y en medio de la euforia que reclamaba el estallido

160 Semblanza de los dictadores en DONADIO, Op. cit., cap. V. Los calificativos son tomados de ese texto citando a un escritor contemporáneo.

161 Se refiere a la llamada Revolución de Trujillo entre el 7 y el 18 de julio de 1932, dirigida por el partido Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA, fundado por Raúl Haya de la Torre, contra los excesos del dictador Luis Sánchez Cerro, donde además de los ametrallamientos desde el aire se afirma que hubo oficialmente 102 fusilamientos, pero extraoficialmente cerca de 5.000. MERCADO, Roger. La Revolución de Trujillo y la Traición del APRA. Lima: Fondo de Cultura Popular. 1996.

162 LÓPEZ M. Alfonso. "La guerra con el Perú". En: Colombia en la negociación de conflictos armados, 1900-1998. Memorias de la III Cátedra Anual de Historia "Ernesto Restrepo Tirado". Bogotá: Museo Nacional de Colombia, 1998, p. 30 ss.

inmediato de la guerra, en un gesto audaz pidió permiso al presidente Olaya para realizar una polémica visita al general peruano Oscar Benavides, su antiguo contertulio, para comenzar así el desenlace diplomático que detestaban los líderes de la oposición, pues preferían ser ungidos por los laureles de la guerra.

En numerosas ocasiones, desde la orilla liberal se ha sugerido que el Partido Conservador y, más aún, los apologistas de la guerra, "los Leopardos", eran partidarios de una confrontación armada con el Perú, y que la estrategia de López Pumarejo y Eduardo Santos había frustrado la oportunidad de desplegar sus ideas y prácticas guerreristas, al desembocar en los acuerdos de Río de Janeiro. Según estas interpretaciones, el Partido Conservador encubría una estrategia de guerra interna para recuperar el poder mediante maniobras militares. Para comandar los ejércitos nacionales, Olaya había nombrado al general de la "Guerra de los Mil Días" y candidato conservador derrotado en 1930, Alfredo Vázquez Cobo, personaje que, según los cálculos conservadores, regresaría victorioso a derrocar al presidente Olaya; esa sería la principal razón por la cual el Partido Conservador se habría opuesto persistentemente a la aprobación del Protocolo de Río, que sin duda le era favorable a Colombia, en la medida en que ratificaba el tratado de 1922. Dada la oposición conservadora, el protocolo solamente pudo ser aprobado tras dos legislaturas, en la de 1935, cuando el Partido Conservador se había abstenido de participar en las elecciones parlamentarias, y hubo de ser ratificado —como ya se dijo— por un Congreso homogéneamente liberal. Un interesante diálogo en el Parlamento presenta así los hechos:

[...] Senador Tirado Macías: Según el doctor Gómez, solo el Partido Conservador es patriota y por eso quería a todo trance la guerra con el Perú. Pero detrás de eso hay solo un interés político. Lo que querían los conservadores, la esperanza que mantenían, era la de que regresara del frente de batalla un general conservador victorioso, quien viniera del frente a derrocar a Olaya Herrera, e implantar de nuevo el régimen conservador. Pero en esto salieron fallidas tales esperanzas, pues hubo de pactarse la paz con el Perú. El Honorable senador Angulo: Esa es una confesión honorable senador. Su señoría ha confesado que se pactó la paz de Río únicamente por el temor de que venciera en la guerra un general conservador. El orador: no es propiamente lo que he dicho. El honorable senador Fernández de Soto: Lo que dijo Usted es suficiente y queremos que quede constancia de sus palabras...<sup>163</sup>.

De lo dicho no quedó ninguna constancia de los conservadores negando el plan. Otro indicio que ratifica esta idea es la anécdota del embajador de Colombia en Uruguay y Paraguay, y miembro de la delegación colombiana durante la Conferencia de Montevideo, José Camacho Carreño, uno de "los Leopardos", quien protagonizó un incidente grotesco para los metalenguajes de la diplomacia, cuando en dicha conferencia, en el momento en

163 Anales del Senado, lunes 13 de agosto de 1934, N.º 17-18, Serie A, p. 91. Citado por TIRADO, Álvaro. Op. cit. pp. 261-262, nota 6.

que era leído un voto de aplauso para las delegaciones colombiana, peruana y ecuatoriana, "por haber llevado al término de los acuerdos pacíficos las diferencias sobre las cuestiones que tienen pendientes", interrumpió al jefe de la delegación colombiana, López Pumarejo, e intentó leer una constancia en la que señalaba que "el orden moral y jurídico roto por las agresiones de Perú a Colombia, aún no había sido restablecido". Aunque el personaje fue suspendido en el uso de la palabra, por violación del reglamento, anexó la constancia al acta de la conferencia, y más tarde renunció al cargo diplomático<sup>164</sup>. Al respecto, el ex diplomático manifestó meses después, luego de hacer extensas exaltaciones al heroísmo, y pronunciar aforismos como "hemos perdido el rumbo histórico. No existe una sola nación que adelante sin ideal, porque solo bajo su fanatismo y su mística es posible agrupar los egoísmos humanos...", citando a Víctor Hugo, cuando afirmaba que "El Héroe no es más que una variedad de asesino"<sup>165</sup>. En los círculos conservadores nacionalistas más radicales de la época, la decepción por la frustración de la guerra con Perú llegó a tales niveles que rápidamente el problema interno se revivió, y permanentemente se hacía alusión a que la firma de la paz fue una traición.

La guerra externa, según estas visiones, habría sido la solución a la guerra civil en la región santandereana —recuérdese que en el momento en que se supo de la invasión a Leticia el Parlamento discutía, en un debate interrumpido, sobre la crisis de la provincia santandereana de García Rovira, que estaba asolada por una guerra interpartidista desde el ascenso de Olaya Herrera al poder—. Camacho Carreño proponía la fórmula "una guerra se arregla con otra guerra"<sup>166</sup>, que se expresa en la siguiente forma, tomando de manera extensa sus ideas plasmadas en su libro *El último Leopardo*:

Fugado el ideal patrio, el heroísmo sigue discurriendo sobre la vida de los Santanderes. Sin un cauce histórico que lo gobierne y rija a fértiles empresas nacionales, el épico sentido de la raza desborda sobre la actividad homicida. Cesaría la epidemia criminal, recobraría la voluntad heroica su equilibrio perdido, serían atesorados la sangre y el espíritu de un pueblo prócer, si solicitara y apasionara sus energías beligerantes una mística nacional!<sup>167</sup> Sin metáforas mediadoras, "el último Leopardo" plantea su testamento belicista. Herederos del "cesarismo democrático" de Laureano Vallenilla Lanz<sup>168</sup>, la guerra, para esta generación

164 PATIÑO ROSSELLI, Alfonso. Op. cit., p. 555.

165 CAMACHO CARREÑO, José. *El último Leopardo*. Capítulos de la República Liberal que no se Olvidaron a un Conservador. Bogotá, Mundo al Día, 1935. p. Xi, XII y XIII. Es de anotar que el editor es el liberal, por entonces animador del partido corporativo APEN, Juan Lozano y Lozano.

166 GUERRERO, J. Op. cit.

167 CAMACHO CARREÑO, José. Op. cit., p. XI.

168 Su parentesco intelectual con el pensador venezolano es innegable cuando afirma: "Desvergonzadamente puedo declarar la ambición política. Se reduce a concebir una patria bolivariana, de rampante perfil cesáreo, de la tina dignidad y soñarla gobernada por ideas y racionios, levantándola de este minuto miope en que solo hay traspiés y ebrias manotadas" (p. 9). Debemos recordar que por esos tiempos Mussolini, por influjo seguramente del político venezolano, asistió en Roma a un homenaje a Bolívar con motivo del centenario de su muerte, en 1930, donde los historiadores oficiales lo elogiaron designándolo como digno antecesor del fascismo. LOMNE, Georges. "Por una Geopolítica del Símbolo: las Naciones del Arco Iris". Conferencia del historiador francés George Lomné. Maestría de Ciencia Política, IEPRI, UN, septiembre de 2001. En: *Análisis Político*, N.º 47, Bogotá, septiembre de 2002. p. 30.

radical era la panacea para los males de la patria, la que desviaba la violencia fratricida para que los crímenes comunes se transformaran en actos de heroísmo:

[...] En nuestro concepto, una guerra con el Perú nos hubiese regenerado intelectual y moralmente. De ahí que en cierto momento del conflicto, cuando el gobierno como a plenipotenciarios suyos nos interrogó sobre la materia, respondimos: 'la fórmula de Sucre: Bala a los invasores y clemencia a los vencidos'. Naturalmente nos ofrecimos para ir al frente y le dijimos a nuestro jefe lo provechoso de que las clases directivas encabezaran el desfile del pueblo a las fronteras<sup>169</sup>.

Luego se refiere en los siguientes términos a la democracia y a los gobernantes elegidos, para acusar al gobierno liberal de pusilánime, por no haber ido a la guerra:

[...] Con la defensa de nuestras actuaciones públicas, estampamos aquí la acusación histórica de hombres a quienes coronó una mayoría aleatoria como índices del analfabetismo, la insensatez, la abulia y el deshonor ambiente. Al diseñarlos en carboncillo, no es por antojadiza manía panfletaria, sino para analizar en sus culpas de voluntad y en sus flaquezas de entendimiento, los caracteres enfermizos de este momento en que la patria se hunde! ¡Fuego!<sup>170</sup>.

Sin embargo, posiciones como la de Augusto Ramírez Moreno fueron mucho más directas. La nota larga que sirve de epígrafe a este capítulo es una muestra de la forma como la guerra fue asumida en el discurso: 'bombardear Lima para vengar las joyas de su amiga esposa del embajador'. Había que limpiar el honor de patria mancillada:

[...] La respuesta al saqueo de nuestra Legación en el Perú debe ser un raid aéreo sobre Lima [...]. es preciso demostrar que esta es una guerra a fondo entre dos pueblos que van a resolver de una vez por todas y mediante la fuerza el problema de su predominio [...] La teoría de una guerra a fondo para resolvernos el problema secular de un deplorable vecino es incompatible con la visión recortada de una campaña simplemente amazónica que tenga por objeto restaurar en Leticia las autoridades colombianas [...] el propósito de una contienda decisiva en que ventilemos con el Perú la supremacía sobre el Amazonas es incompatible con un prospecto de guerra que se refiera simplemente a la derrota y a la sujeción del fugitivo...<sup>171</sup>.

Pero sobre todo el honor de la patria mancillado. Mientras Olaya solo pensaba en recuperar a Leticia, en defensa del derecho internacional y de la soberanía territorial; los naciona-

---

169 CAMACHO CARREÑO, José. Op. cit.

170 *Ibidem*. La mayoría aleatoria es la democracia donde gana la ignorante mayoría, insensata.

171 RAMÍREZ MORENO, Augusto. Contra la paz armada. En: *El País*, Bogotá, febrero 22 de 1933.

listas querían dar un pulso expansionista mediante una "guerra a fondo", para definir "la supremacía sobre el Amazonas". Una guerra incompatible con la idea simple de derrotar y expulsar a los intrusos<sup>172</sup>.

El problema de la guerra con Perú no era un asunto solamente de carácter internacional, ni un problema de discursos radicalizados sobre el tema patriótico; era a su vez un problema de los principios para dirimir las contradicciones internas. En el municipio de Boavita y en la vereda Chulavita, santuario conservador desde las guerras civiles, el "jefe militar" Alcides García recibió instrucciones del directorio conservador de "armarse para la guerra con el Perú o para lo que se pueda ofrecer"; los testimonios recogidos sugirieron que se alcanzaron a alistar cinco grupos de 120 hombres, que se quedaron esperando el grito de guerra<sup>173</sup>. Estos preparativos militares, según el mismo testigo y los elementos del contexto, estaban destinados para "algo grande que iba a suceder contra el gobierno de Olaya". Dos eran los escenarios posibles: el primero, una especulación del autor a consecuencia de darle credibilidad a los indicios presentados, es que un sector conservador, tenía la idea de capitalizar el eventual triunfo militar contra el Perú y derrocar a Olaya, o, un segundo escenario, que los conservadores pretendían preparar unas elecciones victoriosas en 1934, derrotando al liberalismo por su debilidad frente al enemigo de la patria<sup>174</sup>.

## "Los Leopardos" y el "nacionalismo nuevo"

Es necesaria una digresión sobre los discursos de esos años del conflicto con el Perú para comprender el clima de guerra que animaba a estas generaciones. Sobre el origen de "*los Leopardos*", narra José Camacho Carreño, uno de sus fundadores:

[...] Cinco mozos locuaces, de ambición, dotados para el mando, que leíamos pensamiento tradicionalista, católico y reaccionario. Los padres de la Iglesia y los mantenedores de la monarquía eran los predilectos! Fuimos así labrando un concepto autocrático y fuerte de la política. Hasta nuestra aparición en la

172 En términos de historia de la guerra esta propuesta de un bombardeo aéreo sobre una ciudad era predecesora. La aviación se había usado en el siglo XIX sobre Venecia contra milicianos sublevados desde globos aerostáticos no tripulados y 1913 en Marruecos sobre objetivos militares planificados o para ametrallar tropas enemigas, como sucedió en Trujillo, Perú, en 1932, contra el alzamiento armado del APRA, pero no para arrojar bombas sobre una población urbana que no está en armas. Pero propiamente un bombardeo sobre una ciudad inermes para desmoralizar al enemigo se dio por primera vez el 26 de abril de 1937 en la recordada Guernica en el marco de la Guerra Civil Española y fue un suceso mundial que inmortalizó el pintor Pablo Picasso. La propuesta del bombardeo de Lima se hacía en febrero de 1933; podríamos decir que un colombiano ideó el bombardeo aéreo propiamente dicho años antes de que sucediera.

173 GUERRERO. Op. cit. p. 184. Nótese la malicia y doble sentido de la expresión tomada de una entrevista a Lorenzo García Becerra, líder conservador de Boavita en la época, y familiar del líder militar de los "chulavitas" Alcides García.

174 Estos preparativos de partisanos en la localidad de Boavita fueron importante antecedente para la coyuntura de 1941 cuando se realizó la "magna convención" departamental del Partido Conservador, después del triunfo de Franco y en los albores de la Guerra Mundial, según El Siglo: "[...] la convención de Boavita constituyó verdadero éxito. Seis mil conservadores aclamaron a Silvio Villegas y Peñaranda Yañez, delegados del Directorio Nacional". Allí empezó la "autodefensa armada" conservadora, la resistencia civil armada, que esperaría durante más de una década, y que hemos denominado "el fenómeno Chulavita", para explicar el 9 de abril y los sucesos posteriores. El Siglo, 09/02/41.

vida pública, imperaban en ella las medias tintas republicanas del año diez, y la juventud languidecía, ávida de ideales machos, de énfasis, de categorías espirituales, de principios enérgicos. La hastiaba ya la Gironda y el perpetuo y lloroso laude de la conciliación y la garantía individual. Nosotros, hermanos doctrinales, le dimos al conservatismo el concepto de su dignidad espiritual. Desde los tiempos de Caro no se hablaba en nuestra comunidad el lenguaje almizcoso de la tradición y de la fe. El contorno cerebral de los godos se desvanecía en un tremedal de complacientes reticencias. Para conductores elegimos a aquellos que humanizaban nuestra teoría enérgica que le daban carne y hueso militar a nuestra concepción morrasiana del mundo. El civilismo mansurrón, el amor solitario de ciertos hombres a los idola fori, a las mentirijillas democráticas y republicanas, en una palabra, cuanto contrariase el genio de Bolívar y su esencia, indicaba nuestro blanco de antipatías [...]. La esencia de nuestro grupo fue la restauración del principio autoritario que languidecía entre falanges raquílicas. Era necesario atornillar en el Partido Conservador ciertas articulaciones espirituales, evocar sus orígenes, volverlo a la tradición olvidada, atar sus legiones al botalón disciplinario. Abajo la demagogia y la rebelión individualista, fue divisa nuestra"<sup>175</sup>.

Y estos jóvenes, que eran expresión de su tiempo, de una generación intelectual que influyó de manera decisiva en la escena pública, hacían referencia a una de las fuentes fundamentales del fascismo europeo. Para poder saber de qué estamos hablando, debemos referirnos al "nuevo nacionalismo", doctrina europea de finales del siglo XIX, plasmada de manera implícita en la exposición sobre la necesidad de la guerra con el Perú. La que Camacho Carreño llama "concepción morrasiana" se refiere a lo que un especialista llama "el primero de los dos elementos constitutivos del fascismo", especialmente en Maurras, de Michelet:

[...] El nacionalismo tribal que aparece en la escena política de finales del siglo XIX, tejido sobre un fondo de darwinismo social y a menudo también de determinismo biológico. En Francia ese nuevo tipo de nacionalismo se expresa con mayor claridad en la obra de Barrès, Drumont y Maurras y en los hombres de la Acción Francesa. En Italia fue Enrico Corradine quien expuso de una manera realmente impresionante la naturaleza de la evolución del nacionalismo italiano [...]. El nuevo nacionalismo formula con acierto desde finales del siglo pasado, el sentido de la rebelión desencadenada contra el espíritu de la Revolución Francesa [...]

La idea de que si impedimos la guerra, "impedimos a nuestras armas dibujar las fronteras con indeleble hilo purpúreo" de la sangre es la idea de los nuevos nacionalistas de "la terre de morts" o "la tierra de los muertos" que también existe en versión alemana de "blut und

175 CAMACHO CARREÑO, José. Op. cit., pp. 8-9.

boden", o "del suelo y de la sangre", que equivale a la revisión antípoda de la visión jacobina del patriotismo de la Marsellesa. Y "significa que la vieja teoría de la colectividad concebida como un agregado de individuos consagrada por la Revolución Francesa, en adelante se sustituirá por la teoría de la solidaridad orgánica de la nación. En ese sentido el sistema de pensamiento elaborado por la generación francesa de 1890 apenas difiere del que se establece en el mismo período al otro lado del Rhin. El militantismo nacionalista de los escritores franceses, sus contemporáneos... [es un] fenómeno europeo general... Para ese nacionalismo nuevo –en las antípodas del que había intentado, desde la Revolución a la Comuna, una síntesis de la "religión de la patria" y la religión de la humanidad– la nación es un organismo comparable a un ser vivo. Ese nacionalismo "total" pretende ser una ética, un conjunto de criterios de conducta dictados por el interés de todo el cuerpo, independientemente de la voluntad del individuo. Ese nacionalismo nuevo por definición niega la evidencia de cualquier norma moral universal y absoluta: la verdad, la justicia el derecho, solo existen para servir a las necesidades de la colectividad. Una visión de la sociedad concebida como algo cerrado y compartimentado, antirracionalismo virulento, así como la primacía del inconsciente sobre la razón, tejen una auténtica visión tribal de la nación<sup>176</sup>.

Solo así podremos entender aquella expresión de que "para conductores elegimos a aquellos que humanizaban nuestra teoría enérgica, que le daban carne y hueso militar a nuestra concepción morrasiana del mundo", donde la influencia del darwinismo social pesa con toda su carga, que hace apología de la irracionalidad y del instinto entre las mentes de esa generación para caer necesariamente, por esta vía, en la apología del antiintelectualismo y de la violencia. Y "morrasianos" porque aceptaban ciegamente los postulados generales de la "Acción Francesa", del monarquista francés Charles Maurras, fuente de donde los fascismos bebieron el antisemitismo, el nacionalismo extremo y el furibundo sentimiento antidemocrático, y cuyas ideas influyeron de manera directa en muchos núcleos latinoamericanos que aceptaron de bulto las emanaciones teóricas que a manera de "magmas mentales", como diría Castoriadis, invadieron el pensamiento de los jóvenes radicales conservadores de las primeras décadas del siglo XX<sup>177</sup>.

Lo que revivirían en Colombia estas generaciones durante la República Liberal, como lo veremos adelante, será "la doctrina de resistencia a la tiranía del derecho público cristiano", que es uno de los elementos fundamentales del radicalismo que se desata contra las reformas de 1936.

En este contexto de complejidades entre el pensamiento y la acción, y de las influencias intelectuales de las generaciones, y cómo ellas se reflejan en el discurso, volviendo a los años de la "Revolución en Marcha", entonces, la abstención no era para muchos de

176 ZEEV, STERNHELL, Zeev, et al., Op. cit., pp. 10-11.

177 Para profundizar sobre el problema de las influencias de la Acción Francesa, ver: NGEN, V. *Aux Origines de l'Action Française. Intelligence et Politique à l'aube du XX e siècle*. Paris, Fayad, 1991. Charles Maurras (1868-1952), entre sus escritos más influyentes se destacan: Encuesta sobre la monarquía (1900), El futuro de la inteligencia (1905) y Diccionario político y crítico (1934).

los líderes conservadores una simple estrategia pacifista. Desde el conflicto con el Perú, especialmente "los Leopardos" confiaban en una "estrategia de guerra". En sus discursos, la obsesión era indudablemente una: la necesidad de la guerra. Si no internacional, entonces al menos la guerra civil.

### **A manera de conclusión, pudiéramos señalar algunas tesis.**

*Primera tesis.* Precisión de términos: no se puede hablar propiamente de una guerra; se podría hablar de dos guerras paralelas: una imaginaria, es decir, que existió en el plano del discurso, y otra real, la que se dio en el campo de batalla. Aunque no hubo una guerra en la frontera como tal, la guerra fue el fantasma que rondó los discursos políticos durante el siglo XX siempre, especialmente desde 1932. Dicho de otra forma, los discursos construyeron una gran guerra imaginaria, con batallas imaginarias, como la batalla de Tarapacá, la primera gran victoria colombiana, que solo existió en el parte del gran comandante de unas fuerzas inexistentes (que hubo de improvisar con una armada comprada en dos meses), por el general Vásquez Cobo, que tampoco era un militar (al menos desde hacía 30 años, como le sugirió Eduardo Santos a Olaya<sup>178</sup>). Nos imaginamos una fuerza aérea y una fuerza naval que no existían, y con ellas fuimos a una guerra que no se dio, porque la negociación se interpuso. El 25 de mayo de 1933, Colombia y Perú sometían el litigio a la mediación de la Sociedad de Naciones, y entraban en armisticio mientras se reunía la Conferencia de Río de Janeiro. La guerra solo existió en las mentes de unos guerreristas irredentos.

*Segunda tesis.* El gobierno preparó la tarea militar lo mejor que pudo, pero le apostó más a la política y la diplomacia (y como a los jugadores con suerte, le salieron las cartas ganadoras). La construcción improvisada de una armada y una fuerza aérea cumplieron una función disuasiva. Triunfaron la razón política y la estrategia, sobre la razón militar y el patriotismo.

*Tercera tesis.* "La paz del Wisconsin" y el impacto de la pérdida de Panamá obligaron al consenso bipartidista sobre las cuestiones internacionales. La paz externa (y la interna) terminaron atizadas por el problema colomboperuano; los discursos se compenetraron de una doctrina europea conocida como "el nacionalismo nuevo", cuya tesis central es la necesidad de la guerra" y que la sangre delinee las fronteras "con indeleble hilo púrpuro", idea repetida insistentemente por la Acción Francesa de Charles Maurras, una de las fuentes doctrinarias del fascismo que manejaron los discursos epígonos de Hitler. Esta radicalización agudizó irreversiblemente los conflictos políticos.

---

178 Santos acompañó a Vásquez Cobo en Europa durante la preparación de la expedición al Amazonas y aunque consideraba idónea su jefatura, advertía a Olaya que "era indispensable enviar [...] un Estado Mayor bien preparado por la desuetud de los conocimientos técnicos de un general de hacia 30 años [...] y recomendaba que lo acompañaran oficiales reflexivos 'para contrarrestar un optimismo sistemático rayano [en]candidez". DONADIO. Op. Cit., p. 227, cita telegrama de Santos a Olaya de nov. 28 de 1932.

*Cuarta tesis.* La "guerra con Perú", con sus batallas discursivas, es la gran antesala del discurso de la guerra y se constituye en fuente del imaginario que delinea y construye un enemigo que se proyecta en forma de "deseo de guerra" o, si se quiere, de la idea de la necesidad de ella. A través del discurso intransigente se convierte la política en un campo de batalla, y las consignas electorales, en gritos de combate, acelerando las etapas de la contradicción interpartidista que nos llevó en adelante a una democracia armada y a verdaderas batallas electorales con muertos reales. Ellas constituyeron el camino hacia La Violencia. Los discursos delinearón con sangre, más que las fronteras internacionales, las fronteras internas entre las dos colectividades irreconciliables: la frontera imaginaria del enemigo.

*Quinta tesis.* Los liberales imaginaron que la guerra con Perú era el eslabón más importante de una estrategia conservadora para la recuperación del poder, donde el triunfo en la frontera era fundamental para un eventual triunfo militar o político, bien en las elecciones de 1934 o mediante el derrocamiento del presidente Olaya, como lo dejan entrever algunos debates parlamentarios y documentos de la época. La sagacidad liberal así lo entendió, y por eso se hicieron los esfuerzos de la Paz de Río<sup>179</sup>.

*Sexta tesis.* La Paz de Río de Janeiro es la plataforma sobre la cual, de un lado, se da el fracaso de la estrategia conservadora de regreso al poder, y, de otro, se construye el imaginario intransigente de nuestra guerra interior. El tratado ratificaba la entrega a Colombia de una parte de los territorios perdidos, como ya se dijo, por la convergencia de circunstancias favorables. El Tratado de Río es rechazado por el Partido Conservador debido a su obsesión por la guerra, y detrás del discurso patriótico, más que el problema de las fronteras, le interesa el problema del poder; tan es así que el tratado es ratificado, violando su propia letra, fuera del periodo pactado, porque fue boicoteado en las Cámaras y hubo de ser sancionado en una legislatura posterior, luego de la abstención conservadora, por un Parlamento homogéneamente liberal, en 1935, lo cual puso en riesgo su validez y, por tanto, los intereses de la patria que decían defender.

*Séptima tesis.* La guerra exterior creó una estructura de oportunidades para ganar ventajas en la política interna, que hizo que fracasara la estrategia conservadora en beneficio de un sector minoritario reformista, en ascenso dentro del Partido Liberal, el que llevó a la "Revolución en Marcha" y al "Frente Popular".

*Octava tesis.* Ante su fracaso en 1930, la estrategia conservadora fue rediseñada, pasando por las siguientes etapas: de la no entrega de las alcaldías en 1930 se pasó a la desobediencia civil y a la resistencia armada, como respuesta a la violencia liberal, ejercida a través de las llamadas "policías cívicas". Y la resistencia armada se combinó con la abstención a partir de las elecciones de 1933. Luego de la euforia patriótica vino la decepción que causó la "no guerra" con el Perú, y radicalizó el conflicto interno. En 1934 fueron incautadas numerosas

179 Los más destacados discursos conservadores, en: VILLEGAS, Aquilino (comp.). Para la Historia, el Conflicto con el Perú en el parlamento. Bogotá: Editorial Santafé, 1933.

armas. En 1935 Laureano Gómez lanzó la consigna de "hacer invivible la República", cuya mayor expresión culminó en la "acción intrépida", todas ellas fundamentales en la derrota de "el basilisco", o el monstruo mítico de la revolución.

*Novena tesis.* A partir del conflicto colombo-peruano, la guerra o, mejor, el conflicto externo interferirá de manera decisiva la política interna durante el siglo XX. Los discursos sobre la guerra y el "nacionalismo nuevo" serán el camino de unificación de los sectores predominantes del Partido Conservador, en sus dos vertientes de los años treinta ("la nacionalista", liderada por "los Leopardos", y la "civilista", liderada por Laureano Gómez), en lo que al final de la Guerra Civil Española terminará siendo el "nacionalismo" influenciado por el falangismo ibérico y la doctrina del "orden nuevo" en el "Estado Nuevo", idea que ronda las conciencias del partido. (Después de la derrota del fascismo en la guerra mundial, el consenso conservador se rompe. La constituyente corporativa del gobierno de Laureano Gómez y el golpe militar son expresión tardía de esta contradicción doctrinaria). El consenso bipartidista en la política internacional se rompe en 1932; un sector conservador se alinea con "el Eje" durante la Guerra Mundial, y el consenso posterior al 9 de abril durará una década en construirse, y será hasta la guerra de Corea que se unificará la política internacional de los partidos, cuya unidad será hegemónica, hasta hoy, alrededor del discurso de la "Guerra fría".

*Décima tesis:* La guerra con el Perú es la puerta de entrada a un ciclo de discursos de la guerra del siglo XX denominados como "la Violencia" o mejor "las violencias". Así como los discursos históricos nos reproducen el imaginario de un siglo XIX en una sucesión de guerras civiles<sup>180</sup>, el siglo XX nos aparece como una sucesión de violencias irresueltas que fundan un nuevo imaginario de la guerra civil o de la revolución inconclusa o de la insurgencia crónica, que a lo largo del siglo no se logra resolver. Al final del siglo XX, el discurso histórico vuelve a la idea de la guerra civil, para tratar de buscarle una salida negociada, como se le buscó a las guerras del siglo XIX.

*Undécima tesis:* Contra todos los pronósticos, el gobierno de Olaya (en contravía de las alegorías patrióticas y nacionalistas de la "guerra a fondo", ayudado por circunstancias favorables, como la muerte de Sánchez Cerro y el ascenso de un amigo de la salida negociada, el general Oscar Benavides, y la acción negociadora de los líderes liberales Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos) logró evitar una guerra. La memoria de cómo se construyó la Paz de Río es una lección de historia para la paz americana.

180 "[...] la memoria política del siglo XIX en Colombia se construye sobre la base de una doble referencia: desde el punto de vista de la primera, la historia nacional aparece como una historia de guerras y batallas. Guerras y batallas de Independencia, por supuesto, pero también, con posterioridad a las luchas liberadoras, las guerras entre caudillos que se afirmaban a nombre del combate contra la anarquía, tal la Guerra de los Supremos, en 1840; las guerras federales (1860, 1876-77); la Guerra de los Mil Días, al quiebre del siglo; la batalla de Garrapata (1877), la batalla de La Humareda (1885), las batallas de Palonegro y Peralonso (Guerra de los Mil Días), para dar sólo algunos ejemplos" [...] SÁNCHEZ, Gonzalo. Guerra y Política en la sociedad colombiana. Bogotá: El Ancora, 1991. p. 16.

Así, en 1932 se entronizó el fantasma de la guerra; primero de manera tímida, con la llamada Guerra de García Rovira, la guerra interna, y luego con la guerra internacional en la frontera; la palabra *guerra* ronda desde entonces, elusiva, unas veces los discursos, y otras la realidad de la política colombiana.

En 1934 y luego de que el Partido Conservador se lanzara a la abstención, triunfó el candidato liberal Alfonso López Pumarejo, con un programa reformista y exclusivamente liberal que prometía grandes transformaciones en lo económico, político y social.